



Mijail Cholojov
Premio Nobel de Literatura 1965

EL DON apacible



El Don apacible fué escrita en cuatro volúmenes entre 1928 y 1940 y por la que se le otorgó en 1941 el premio Stalin y el premio Nobel de Literatura en 1965.

Esta monumental novela épica relata la intervención rusa en la I Guerra Mundial, la Revolución bolchevique, y la guerra civil rusa (1918-1921), desde el punto de vista de los cosacos del río Don, en un posición ambivalente entre las ansias de paz y de mejora de las condiciones de vida que hace a algunos apoyar a los comunistas, y una mayoría opuestos a la colectivización de sus tierras y productos, contraria a sus costumbres y tradiciones. Pero es también un novela de personajes y de costumbres, una novela histórica y que retrata lo cotidiano.

Comparada con «Guerra y paz», nunca antes una novela había sido capaz de fluir tan magistralmente por personajes, ideas, costumbres, sentimientos, como lo hace Sholojov con la grandeza del amor y la desesperación de la guerra.

*Ven conmigo sobre el Don apacible.
Con nosotros, en el Don, no se vive como entre vosotros.*

(Antigua canción cosaca.)

*No son los arados
los que han laborado nuestra tierra gloriosa,
está laborada por los cascos de los caballos;
nuestra tierra gloriosa está sembrada de cabezas cosacas,
y adornado de jóvenes viudas nuestro Don apacible,
y, florido de huérfanos, nuestro padrecito, el Don apacible.
Las ondas del Don apacible están henchidas de lágrimas
de padres y de madres.
¡Oh, padrecito nuestro, Don apacible!
¡Oh!, ¿por qué son tus olas tan turbias?
¡Ay!, ¿cómo no he de estar turbio yo, Don apacible...?
Fríos manantiales saltan del fondo del Don apacible,
los peces turban el agua en medio del Don apacible.*

(Antigua canción cosaca.)

ANÓNIMO

PRIMERA PARTE

I

La granja de los Melekhov se encuentra al extremo de la aldea. Al norte de la propiedad, la puertecilla de la alquería sobre el río. Descendiendo la margen escarpada, de unos veinte metros de altura, por un senderillo abierto en medio de terrones cretosos cubiertos de musgo, se llega al ribazo sembrado de conchas nacaradas. Un festón gris e irregular de guijarros bañados por las ondas bordea la corriente espumosa del Don, rizada por el viento.

Al Este, tras los cercados y los hórreos, se divisa la carretera del *atamán*^[1], festoneada de ajenjos grisáceos y la hierba centenaria aplastada por los cascos de los caballos; la capilla en la encrucijada, y, más lejos, la estepa velada por una bruma fluctuante. Al Sur se eleva la cadena de los montes calcáreos, y a Occidente, la calle que corta el pueblo en dos.

Al terminar la última campaña de Turquía, el cosaco Prokofi Melekhov retornó a su casa con una mujercita menuda y frágil, velada de pies a cabeza por un chal. Ocultaba su rostro y sólo muy raramente dejaba ver sus ojos llenos de angustia y de asombro. Su chal de seda recamada, impregnado de perfumes desconocidos y remotos, excitaba la envidia de las mujeres del pueblo. Como la cautiva turca no pudiera entenderse con los padres de Prokofi, el viejo Melekhov no tardó en ceder a su hijo la parte de propiedad que le correspondía, para que pudiera vivir solo con su mujer. Jamás volvió a poner los pies en casa de Prokofi, al que no pudo perdonar la ofensa recibida por el casamiento con una extranjera.

Prokofi se instaló rápidamente en la nueva posesión. Los carpinteros le construyeron la casa. Él mismo levantó el cercado para las bestias y, en el otoño, sacó a su mujer de la casa paterna. Al cruzar con ella la aldea, siguiendo la carreta cargada con sus muebles, toda la población, grandes y chicos, se lanzó a la calle. Los cosacos sonreían disimuladamente; las mujeres se interpelaban de una puerta a otra, cambiando impresiones; una horda de pilluelos sucios vociferaba a espaldas de Prokofi. Éste, con la cabeza erguida, con el abrigo desabrochado, sin hacer caso de nadie, andaba con el paso lento del labrador que conduce el arado, apretando con su mano enorme y negruzca la delicada muñeca de su mujer. Sólo los músculos de sus mejillas se hinchaban y contraían en tanto que el sudor perleaba su frente de piedra dura.

Desde entonces, sólo raramente se le vio en la aldea. No volvió a frecuentar la plaza. Vivía solitario en su finca sobre la margen del Don. En el pueblo se contaban extrañas cosas a su respecto. Los niños que guardaban el ganado en la estepa afirmaban, por ejemplo, que ciertas tardes, a la caída del sol, Prokofi llevaba a su mujer en brazos hasta el otero tártaro. La depositaba en la cima, con la espalda apoyada en la piedra secular, roída por el tiempo, sentábase a su lado y así permanecían largo rato con los ojos fijos en la estepa. Al anochecer, Prokofi envolvía a su mujer en su abrigo y la volvía a su casa. La aldea se deshacía en conjeturas para la explicación de esta manera de obrar tan extraordinaria. A fuerza de hablar de ello, las mujeres se olvidaban de despiojarse. Unas afirmaban que la mujer de Prokofi era de una belleza sorprendente, mientras otras, lo contrario. Este misterio quedó esclarecido cuando la más audaz, Mavra, cuyo marido estaba haciendo el servicio militar, se decidió a ir a casa de Prokofi con el pretexto de pedir levadura fresca. Mientras Prokofi bajaba a la cueva para buscársela, Mavra examinó a la turca y consideró que no valía nada.

Minutos después, Mavra, muy arrebolada, con el pañuelo de la cabeza torcido, cotorreaba en la encrucijada, entre un grupo de mujeres.

—¿Qué ha podido encontrar en ella? ¡No lo entiendo! ¡Ni siquiera parece una mujer! Pero ¡quíá! ¡Está lisa por delante y por detrás! ¡Es una vergüenza! Hasta nuestras chiquillas están más rollizas. La cintura es como la de una avispa; se la podría partir en dos. Los ojos son negros y enormes, y ella los hace rodar como un demonio. ¡Dios me perdone! A pesar de eso está embarazada.

—¡No puede ser! —exclamaron las mujeres.

—¡Tal como lo digo! Entiendo algo de eso, no lo dudéis: he tenido ya tres hijos.

—Y de cara, ¿cómo está?

—¿De cara? ¡Es, sencillamente, amarilla! Sus ojos son tristes; es cierto que la vida no es alegre en un país extraño. Además, amigas mías, olvidaba deciros que lleva los pantalones de Prokofi.

—¡No es posible! ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! —clamaron a coro las mujeres, aterradas.

—¡Lo he visto con mis ojos! Lleva los pantalones sin la trenza roja, seguramente el pantalón de trabajo de Prokofi. Viste una camisa larga y, sobre la camisa, el calzón de Prokofi, embutido en sus medias. ¡Al verlo, el corazón me dio un vuelco!

Comenzaron a murmurar por el pueblo que la mujer de Prokofi era una hechicera. La nuera de los Astakhov —vecinos más cercanos de Prokofi —juró que había visto, el segundo día de Pentecostés, hacia el alba, a la mujer de Prokofi con los cabellos sueltos y los pies desnudos, ordeñar una vaca. A partir de este día, la ubre de la vaca se había secado, achicándose como el puño de un niño; la vaca dejó de dar leche y acabó reventando.

Una epidemia terrible cayó entonces sobre la región. Todos los días aparecían los pastos cubiertos con los cadáveres de las vacas y los terneros. La epidemia alcanzó en

seguida a los caballos. Los rebaños de la aldea disminuían a ojos vistas. Entonces un siniestro rumor comenzó a circular de casa en casa.

Después de una asamblea general de la aldea, los cosacos fueron a casa de Prokofi, quien salió a la puerta para saludarles.

—¿Qué os trae por aquí, cosacos?

La multitud rodea la puerta en silencio. Un anciano, un poco achispado, gritó el primero:

—¡Tráenos a tu bruja, queremos juzgarla!

Prokofi se precipitó en la casa, pero le dieron alcance en la antesala. Un fornido artillero, apodado *Luchnia*, cogió a Prokofi por el cuello y, apretando su cabeza contra la pared, dijo:

—¡No hagas tonterías! La cosa no es para tanto. No te haremos nada. A tu mujer la clavaremos con un palo al suelo^[2]. Más vale suprimirla que dejar perecer toda la aldea por falta de sus bestias. Estate quieto, que, si no, te romperé la cabeza contra el muro.

—Arrastrad a esa perra hasta el patio —aulló la muchedumbre.

Un cantarada del regimiento de Prokofi cogió a la turca por los cabellos con una mano, amordazóla con la otra y, arrastrándola fuera, la arrojó a los pies de la multitud.

Un grito agudísimo sobrepujó el alboroto, Prokofi, derribando a los seis cosacos que intentaban sujetarle, corrió a su cuarto y descolgó el sable, suspendido en la pared. Los cosacos se lanzaron fuera, tropezando unos con otros. Prokofi franqueó de un salto los escalones de la gradería, haciendo silbar el sable sobre su cabeza. La multitud, espantada, se dispersó por el patio. Cerca de la alquería, Prokofi alcanzó al artillero *Luchnia*, menos ligero que los demás, y le hendió hasta la cintura de un sablazo. Entonces los cosacos, que se disponían a arrancar las estacas de la cerca, huyeron por la estepa.

Media hora después, habiendo recobrado su valor, la multitud acercóse al patio de Prokofi. Dos de ellos penetraron cautelosamente, como exploradores, en la antesala. En el umbral de la cocina la mujer de Prokofi yacía en un charco de sangre con la cabeza abatida y la lengua apretada entre los dientes. Prokofi, ausente la mirada y la cabeza sacudida por un temblor nervioso, abrazaba, arrojándolo en una pelliza de piel de carnero, un pedazo de carne roja que chillaba débilmente: era el hijo que acababa de nacer antes de tiempo.

La mujer murió aquella tarde. La madre de Prokofi, apiadada del niño, se lo llevó consigo. Lo instaló junto a su estufa de vapor, alimentándole con leche de burra y, un mes más tarde, cuando no había duda de que aquel chiquillo, atezado como un turco, estaba en salvo, lo llevó a la iglesia, donde fue bautizado con el nombre de su abuelo: Pantelei.

Prokofi fue condenado a presidio por la muerte de Luchnia y regresó doce años después. Con la barba bermeja ya canosa recortada, vestido a la usanza moscovita, no parecía un cosaco. Recogió a su hijo y reemprendió las labores en la finca. Pantelei crecía; tenía la piel atezada y la sangre ardiente. Se parecía a su madre por la menguada estatura y la flexibilidad. Prokofi le casó con la hija de un cosaco vecino. Desde entonces, la sangre turca fue mezclándose con la cosaca, y de este modo se multiplicaron los cosacos de nariz aguileña, de belleza un tanto salvaje, los Melekhov, a quienes se apodó los *Turcos*.

Después de la muerte de su padre, Pantelei trabajó enérgicamente en la finca; revistió la casa con un nuevo techado, hizo construir dependencias y cobertizos de palastro. El fumista recortó, por encargo suyo, dos gallos de hojalata y los fijó en los tejados. Las siluetas de aquellos gallos animaron la finca de los Melekhov, dándole un aspecto de bienestar.

Con los años, Pantelei engordó, ensancháronse sus hombros y curvóse su espalda ligeramente, pero siguió teniendo el aspecto de un anciano vigoroso. Contrajo la costumbre de beber desde que se rompiera la pierna en su juventud, en una carrera de caballos en presencia del zar; llevaba en la oreja izquierda^[3] un pendiente de plata en forma de media luna; y el pelo y barba, negros, no encanecían, y perdía la cabeza siempre que montaba en cólera. Su carácter irascible hizo envejecer prontamente a su opulenta mujer, tan bella en otro tiempo, cuyo rostro estaba ahora surcado por una verdadera trama de arrugas. El hijo mayor, Pedro, ya casado, parecíase a su madre; menudo, con la nariz respingona, con los ojos azules y una espesa cabellera ensortijada color de trigo maduro. Por el contrario, el menor, Grigori, era el retrato de su padre. Medio palmo más alto que Pedro, a pesar de tener seis años menos, con la nariz aguileña de Pantelei, los ojos ardientes, un tanto oblicuos, en forma de almendra y con la córnea azulada, los pómulos acentuados, de piel bronceada y tersa. Grigori tenía la espalda algo encorvada, como su padre, y en su sonrisa había algo salvaje que les era común.

La familia de los Melekhov comprendía además una muchacha, Duniachka, predilecta del padre, adolescente de manos alargadas y ojos inmensos, y la mujer de Pedro, Daria, que tenía un niño.

II

Algunas estrellas brillaban aún en el cielo pálido, color de ceniza. La brisa matinal soplaba empujando las nubes. La bruma se cernía sobre el Don, arrastrándose a lo largo de la margen cretosa, para descender en las torrenteras semejante a una serpiente sin cabeza. Sobre la baja orilla izquierda, los bancos de arena, los cañaverales y los bosques Húmedos de rocío semejaban surgir del reflejo de un incendio sin llama. El sol languidecía tras el horizonte, antes de despuntar.

Pantelei Prokofievich fue el primero en despertar en casa de los Melekhov. Salió a la gradería abrochándose el cuello de la blusa bordada. En el patio, la hierba aparecía cubierta por un rocío argentado. Abrió las puertas de los establos e hizo salir al ganado. Daria, en enaguas, corrió a ordeñar las vacas. El rocío humedecía sus pantorrillas blancas; cruzó el patio dejando tras de sí, sobre la hierba, una estela vaporosa. Pantelei vio erguirse la hierba hollada por los pies de Daria y retornó a su cuarto. La ventana que daba al jardincillo, abierta de par en par, dejaba entrar las ramas inmóviles de los cerezos en flor, iluminados por la claridad rosada del alba. Grigori, acostado panza abajo y con un brazo estirado, dormía profundamente.

—¡Grichka!^[4] ¿Quieres venir de pesca?

—¿Qué hay? —rezongó el muchacho incorporándose a medias.

—Vamos a pescar antes de que salga el sol. Grigori, bostezando a más y mejor, descolgó los calzones, los em-

butió sobre las medias de lana y calzóse las botas de pescar.

—¿Se ha acordado mamá de preparar el cebo?

—¡Seguramente! Vete hacia la barca. En seguida voy contigo.

El viejo guardó en una caja una porción de trigo oloroso, ablandado a vapor, recogió cuidadosamente algunos granos esparcidos por el suelo y se dirigió hacia el ribazo, cojeando ligeramente. Grigori le esperaba sentado en la barca, dándose importancia.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Hacia el Tcherni-Yar. Vamos a probar la suerte en el mismo sitio donde estuvimos la última vez.

La barca desatracó de la orilla, rozando ligeramente el fondo, para ser al punto botada por la corriente, que la arrastró. Grigori la gobernaba, con ayuda de un remo, sin remar.

—Da un remazo.

—Espera a que estemos en el centro del río.

La barca surcó la corriente, dirigiéndose a la orilla izquierda. En dirección del pueblo, llegaba hasta ellos el canto de los gallos. La barca costó el borde escarpado de un derrumbadero, rozándole ligeramente, y abordó a una especie de pequeña dársena. A unos doce metros de la orilla emergían del agua las ramas de un olmo sumergido. Un remolino formaba en rededor de ellas sucias burbujas de espuma.

—Prepara los sedales mientras amarro la barca —murmuró el padre.

A renglón seguido, tomó de la caja un puñado de trigo y lo arrojó al agua. Grigori fijó en el anzuelo varios granos henchidos y sonrió:

—¡Picad, picad, peces grandes o chicos...! El sedal cayó, desplegando un círculo, desenrollóse, se atirantó y volvió a aflojarse. Grigori, sujetando con el pie la caña de pes-

car, buscó en sus bolsillos la petaca, poniendo sumo cuidado en no moverse un punto.

—No picarán hoy, padre; la luna está en menguante.

—¿Has cogido las cerillas?

—Sí.

—Dame lumbré. El viejo cosaco empezó a fumar contemplando el sol que ya se insinuaba tras la colina.

—La carpa muerde indistintamente, a veces durante el último cuarto —dijo, después de un momento de silencio.

—Me parece que la morralla anda dispuesta a morder el anzuelo —suspiró Grigori.

El agua se agitó en torno de la barca y una cama de buen tamaño, reluciente como un cobre rojo, saltó sobre las ondas batiéndolas con su móvil cola y salpicando la barca de una lluvia de finas gotitas.

—Ahora podemos confiar —dijo Pantelei Prokofievich, enjugándose la barba con la manga.

Junto al olmo sumergido, entre ramas abiertas, otras dos carpas saltaron a la vez; una tercera, algo más pequeña, saltó más lejos, cerca del derrumbadero. Grigori mordía impacientemente la punta del cigarro. Un sol turbio se remontó en el horizonte. Pantelei Prokofievich había gastado ya toda la caja de cebo y, apretando los labios con expresión de disgusto, miraba fijamente al extremo de su caña de pescar.

Grigori escupió la colilla, siguiéndola con una mirada de furia. Maldecía interiormente a su padre por haberle despertado tan pronto. El tabaco, fumado en ayunas, le había dejado un sabor acre en la boca. Se inclinó para coger agua en la palma de la mano; pero, en aquel momento, su caña osciló, inclinándose lentamente hacia el río.

—¡Tira! —murmuró el anciano—. ¡Asfíxiale! Grigori, sobresaltado, tiró de la caña, pero ésta se curvó y su extremo hundióse en el agua. Una fuerza desmesurada arrastraba hacia el fondo la flexible caña de madera de sauce.

—Aguanta firme —gritó el viejo, separando la barca de la orilla.

Grigori esforzábese en levantar la caña; pero perdió el equilibrio, vaciló un momento y estuvo a punto de caer. El sedal se rompió.

—Ése no es un pez, es un buey —gruñó Pantelei Prokofievich, cebando de nuevo el sedal.

Grigori, riendo nerviosamente, preparó otro sedal y lo arrojó al agua. Apenas el plomo hubo tocado el fondo, la caña se curvó de nuevo.

—¡Ah! ¡Ya te tengo, demonio! —exclamó Grigori, halando con trabajo el pez, que se debatía furiosamente, tratando de seguir la corriente.

El sedal surcaba el agua en zig-zag, vibrando como una cuerda templada. Pantelei Prokofievich apretaba fuertemente la manga de la red, dispuesto a atrapar el pez tan pronto como surgiera.

—¡Sácalo a flote! ¡Ten cuidado con la cola!

—No temas, sé muy bien lo que me hago.

Una enorme carpa, amarilla y roja, asomó a la superficie, haciendo burbujear el agua en rededor; pero pronto, hundiendo su larga cabeza plana, se sumergió en el río.

—¡Tira de tal modo, que me dan calambres en el brazo! ¡No! ¡No te saldrás con la tuya!

—¡Aguanta firme, Grichka!

—¡Ya lo hago!

—Procura que no pase bajo la barca. Jadeando, Grigori arrastró hacia la barca el pez, acostado sobre el flanco. El viejo trató de atraparle con la red; pero la carpa, dando un coletazo desesperado, hundióse una vez más en el río.

—¡Sácale la cabeza fuera del agua! Cuando haya tragado algo de aire se calmará.

Grigori arrastró de nuevo, con precaución, a la superficie, el pez, que, agotado, con la boca abierta, golpeóse la cabeza en la barca quedando inmóvil. El sol naciente se reflejaba en sus aletas de color oro rojo.

—Te has debatido demasiado y ahora estás rendido —gruñó Pantelei Prokofievich, halándole con la red.

Permanecieron allí media hora más. Pero las carpas se habían dispersado ya.

—Recoge los sedales, Grichka, creo que hemos pescado la última. Ya no habrá más.

Arreglaron los trebejos de pesca. Grigori apartó la barca de la orilla. Al llegar al centro del río, Grigori comprendió, por la expresión de su padre, que éste quería decirle alguna cosa; pero el viejo contemplaba en silencio las dependencias de su finca, al pie de la colina.

—Oye, Grigori —comenzó, al fin, con indecisión, retorciendo en sus dedos la cuerda atada al saco que reposaba entre sus piernas—. He notado que algo pasa entre tú y Axinia Astakhov.

Grigori enrojeció hasta las orejas y volvió la cara.

—Atiende, muchacho —continuó el padre en tono duro y descontento—; podría hablarte de otro modo. Stefan es nuestro vecino y no te permitiré cortejar a su mujer. Este asunto podría acabar en un pecado.

Te advierto que, si vuelvo a advertir algo, te daré de palos.

Pantelei Prokofievich apretó el puño nudoso y, frunciendo las cejas, observó cómo fluía la sangre al rostro de su hijo.

—Es una calumnia —replicó Grigori sordamente, mirando a su padre el entrecejo.

—¡Cállate!

—¡Si ha de dar oídos a todos los chismes!

—¡Silencio, hijo de perra!

Grigori se puso a remar con rabia. La barca avanzaba a trancos, dejando tras de sí un surco espumoso.

Guardaron silencio hasta llegar al desembarcadero. Al acercarse a la orilla, el padre volvió sobre el mismo tema:

—¡Ten cuidado! No olvides lo que he dicho. De lo contrario, a partir de hoy, no saldrás más a divertirte. No darás